

## SAN IGNACIO Y TIERRA SANTA

POR

LUIS LAVAUR

En los textos dedicados a glosar la rica trayectoria biográfica del fundador de la orden religiosa más numerosa de la Iglesia, nada tiene de insólito no subrayen con especial relieve el capítulo de la vida ignaciana aquí conmemorado: su peregrinación a los Santos Lugares. Para estimar en su plenitud la trascendencia en su vida del evento, es preciso tener presente, y con carácter a mi ver decisivo, la importancia otorgada por el propio santo y sus más íntimos seguidores. Sin faltarle por ello, a la valoración aquí mantenida, apoyos coetáneos de alta entidad testimonial. Ningunos más concluyentes que ciertos pasajes de la *Autobiografía* dictada por el propio santo al portugués Gonçalves de Câmara, reiterados en la *Vida del Padre Ignacio de Loyola* (Madrid, 1598) del P. Rivadeneira que la complementa (1).

### De la conversión a la peregrinación.

Ambos textos relatan con detalle la prolongada y dolorosa convalecencia de Iñigo López de Loyola (su genuino nombre) en su casa natal, curándose los destrozos causados a su pierna derecha, en 1521, por el impacto de una bala de cañón, en ocasión de defender contra una invasión francesa la ciudadela de Pamplona, en una Navarra para siempre española.

Tratando de aliviar los sufrimientos motivados por una herida sometida a brutal cirugía, cuenta Iñigo que en su lecho de dolor recurrió a los no muy abundantes textos susceptibles de hallarse, a principios del XVI, en un castillete guipuzcoano. En este caso con absoluto predominio de libros piadosos.

---

(1) Es versión castellana de la *Vita Ignatii Loyolae* (Nápoles, 1572), reescrita por el mismo autor. En cambio, la edición original de la *Autobiografía* del P. Cámara data de Madrid 1904.

Lecturas entreveradas de visiones que le indujeron a su conversión. Mejor dicho: a imprimir a su vida un drástico cambio de rumbo y de estilo, «comenzando a pensar más de veras en su vida pasada, y en cuánta necesidad tenía de hacer penitencia de ella». Por más que antes de Pamplona hubiera participado contra los comuneros en el asalto y toma de la villa de Nájera, sirviendo a su allegado, el duque del mismo nombre, no debieron ser sus pecados de gran tonelaje, y, en todo caso, merecedores de generosa indulgencia en el debe de un joven soldado español de la época. Cuestión sobre la que aporta cierta precisión el P. Polanco al escribir:

«Aunque era aficionado a la fe, no vivió nada conforme a ella: antes era especialmente travieso en juego y cosas de mujeres».

Un pasado cuyas escabrosidades magnifica el propio Iñigo en su *Autobiografía* al hablar «del consuelo que sentía con tan sólo pensar en ir descalzo a Jerusalén», a modo de penitencia para líneas más adelante insistir: «todo lo que deseaba de hacer, luego como sanase, era la ida a Jerusalén, con tantas disciplinas y tan-ast abstinencias, cuantas un ánimo generoso, encendido de Dios, suele desear hacer».

En cuanto a la génesis del propósito de «la ida a Jerusalén, el P. Victoriano Larrañaga (2) parece pisar muy firme terreno al atribuirlo a la lectura de la ya clásica y eminentemente popular *Vita Christi* del Cartujano, un monje sajón del xv, impresa en buen castellano a instancias del cardenal Cisneros en las prensas de Alcalá. El que la peregrinación jerosomitana se transformara —como piensa el P. Larrañaga— «en ideal substantivo de la vida de Ignacio», es conjetura convincente al pensar en el efecto que en el ánimo del doliente de Loyola pudieron ejercer párrafos como el siguiente:

«Santo e piadoso ejercicio es por cierto contemplar la tierra santa de Jerusalén..., pues que aquel soberano rey nuestro Cristo, morando en ella e alumbrándola con su palabra e doctrina, la consagró al fin con su preciosa sangre. Es aun negocio más deleitable verla con los ojos corporales e revolverla con el entendimiento, pues que en cada uno de sus lugares el Señor obró nuestra salud».

(2) *Obras completas de San Ignacio de Loyola*: Tomo I. Introducciones y Comentarios del R. P. Victoriano Larrañaga, B.A.C., 1947.

O bien, cuando el cartujo teutón aconseja a sus lectores tener presente los hechos y dichos de Cristo «como si los oyesen con sus oídos y los vieses con sus ojos mortales, y mediten sobre todo en las cosas ocurridas en el pasado como si estuviesen sucediendo por primera vez en el mismo momento de la oración».

Las coincidencias del tono y la prosa con los de ciertos pasajes de los *Ejercicios espirituales*, que vinieron después, se acrecientan según se sigue leyendo al Cartujano:

«¿Quién puede contar cuántos devotos discurren e andan por cada lugar della, e con espíritu inflamado besan la tierra, adoran e abrazan los lugares en que saben e oyen que nuestro Señor estuvo o se asentó o fizo alguna cosa? E estos a veces hieren sus pechos, a veces derraman llores e gemidos, a veces envían sospiros al cielo con gestos lamentables e con devoción; e a tiempos con la contrición que muestran de fuera, según que verdaderamente la tienen de dentro, provocan a lágrimas a los moros» (3).

Un futuro inmediato se encargaría de demostrar la imposibilidad de ser casual la relación existente entre aquella manera de visitar los Santos Lugares, con el «encendido» brío y ardor con que Iñigo López de Loyola se dispuso a conocerlos. Y desde el mismo momento de iniciar su peregrinaje.

### Empieza el peregrinaje.

Que comenzó en la primavera de 1522. Cuando la del alba sería, y a lomos de mula caminera, a modo de Rocinante, y espada al cinto, el hidalgo guipuzcoano abandonó familia y hogar: en plan peregrino e *in forma pauperis*. Al estilo medieval y con todas las agravantes. Incluida la de desplazarse con la escarcela semi-vacía, al renunciar, como los santos admirados por él, a las ventajas económicas adscritas a su estatus social de hijo de familia acomodada.

Paupérrimos los datos y detalles obrantes sobre su itinerario en las autobiografías sinópticas de preferencia aquí manejadas. Constreñidos a los párrafos precisos para consignar la visita al santuario de Nuestra Señora de Aránzazu, patrona de Guipúzcoa, y su paso por Zaragoza: (sin mención a El Pilar). Y siempre en

(3) *Vita Christi Cartujano romanizado por fray Ambrosio* (Alcalá, 1502).

solitario, encerrado con Dios y consigo mismo. Lo señala el P. Rivadeneira y a las mil maravillas: «sin tomar otra compañía consigo que la de Dios, con quien deseaba tratar a solas, y gozar de su interior comunicación sin ruido ni estorbo de compañeros».

Por lo radical, práctica insólita la de Iñigo en un peregrino de aquel entonces. Capaz de llamar la atención de unos personajes del «Persiles y Sigismunda», al dar alcance, entre Guadalupe y Toledo, a «una peregrina, tan peregrina que iba sola».

Hasta llegar a Montserrat, desprendiéndose allí de caballería y depositando en el altar de la Virgen como exvoto espada y puñal. Interesante etapa, pero bastando por lo estudiada y comentada su mera mención. Para inopinadamente detenerse en Manresa, una localidad carente de significación peregrina, pero de enorme influjo en su vida. Residente, primero, en el minúsculo hospital de Santa Lucía para enfermos pobres, requisitos los dos ampliamente satisfechos por el peregrino, y luego en otros establecimientos religiosos de caridad.

### Un alto en el camino.

Entregándose allí, y por espacio de diez meses, y en todo momento, a toda suerte de prácticas místicas, éxtasis, disciplinas, ayunos, y visiones sobrenaturales, «visitaciones y regalos divinos», al decir de Rivadeneira, con tremendas luchas internas («el terrible combate del mundo aliado con el demonio contra Dios y los ángeles», escribe en 1940 van Ginneken, S. J.), debatiéndose en una *psicomachia* que, según, el propio peregrino a punto estuvo de dar al traste con su mente o su vida.

Fue en aquella fase de exaltación cuando de sus propias vivencias destiló la materia para elaborar, en castellano, la primera versión de sus *Ejercicios espirituales*, título nada original más no así su contenido. «Algo así como un manual de gimnasia o una cartilla militar», opina el P. G. Villoslada en su *Historia de la Compañía*: una guía para uso del «director» respecto al «ejercitante». Un método para someter los instintos a una férrea autodisciplina y agrupar a las almas fieles (segunda semana) bajo la bandera de Cristo Rey, para librar batalla contra las pasiones desbordadas. Más tarde Iñigo vincularía la génesis de su librito, y con cierta frecuencia, a la «eximia ilustración», o revelación, dimanada de los cielos, y recibida en la capilla de San Pablo, a orillas del Cardoner. Donde debió aprender que el hombre es un medio y no un fin. Y por ello debe mantenerse indiferente

a los medios y adoptar tan sólo los que mejor le conduzcan hasta el fin para el que ha sido creado: la salvación de su alma (4).

Hasta, como dice el P. Rivadeneira, «llegarle ya el tiempo que tenía determinado de ir a Jerusalén, y comenzándolo a poner por obra, se salió de Manresa y se fue a Barcelona».

### De Barcelona a Tierra Santa.

Permaneció tres semanas en la Ciudad Condal, sin interrumpir sus prácticas devotas. Dato conocido a través de testimonios aportados al proceso de su beatificación, situándole frecuentando las ermitas al estilo de las de Montserrat entonces desperdigadas por la Vall de Ebrón, topónimo palestino si los hay. Hasta embarcar y «de balde» el 20 de marzo de 1523, y en las condiciones indicadas por boca del P. Cámara: «y aunque se le ofreció alguna compañía no quiso ir sino solo, que toda su cosa era tener a solo Dios por refugio».

Llegado tras accidentada travesía al puerto napolitano de Gaeta para, vía Appia arriba, seguir caminando y mendigando hasta Roma, sorteando como buenamente pudo y le dio Dios a entender, la red de cordones sanitarios establecidos en la ruta a causa de la epidemia de peste que asolaba a Italia. Durante la estancia en la Ciudad eterna consiguió ser recibido en audiencia por el muy prohispano Papa Adriano VI, de quien obtuvo la bendición apostólica para su ansiada peregrinación a Tierra Santa, resuelto a llevarla a cabo desoyendo los consejos diasuorios consignados por el P. Rivadeneira:

«Muchas personas procuraron desviarle del propósito que tenía de ir a Jerusalén, por ser tan largo y trabajoso, y en año de tanto peligro y dificultades, que no se podrían vencer sin mucho dinero».

Ni por esas. Siguiendo un itinerario que se desconoce, y, cosa rara en él, en compañía de otros peregrinos, no todos necesariamente en ruta a Jerusalén, llegó a Padua, donde obtuvo el especial certificado sanitario preciso para entrar en Venecia, desde hacía tiempo la única puerta de acceso para el peregrino cris-

---

(4) O sea: a mil años luz de lo que el fin justifica los medios, mendazmente atribuido y divulgado, por observancias fáciles de identificar, como fundamento de la moral ignaciana.

tiano a Tierra Santa. Y al igual que a su paso por Roma, sin facilitar sus autobiografías noticia alguna sobre su impresión y actividades en Venecia, ciudad generadora de comentarios e impresiones sin fin en los peregrinos de paso por ella. Al menos los aludidos textos informan haber recibido hospitalidad de un Senador que le pescó durmiendo bajo los soportales de la Plaza de San Marcos, proporcionándole una audiencia con el Dux, Andrea Gritti a la sazón, consiguiendo de tan alta autoridad pasaje gratuito en un buque de la Señoría que zarpaba rumbo a Chipre, en año particularmente impropio para realizar peregrinaciones. Desde no hacía mucho prácticamente interrumpidas a causa de la fulgurante expansión turco-otomana por el medio Oriente, y mucho más cuando en 1517 la artillería de los invasores pulverizó en los alrededores de Alepo a la caballería mameluca, permitiendo a Selim I arrebatarse a sus correligionarios, sin obstáculo alguno, Siria, Palestina y Egipto, derrocando a la relativamente tolerante dinastía mameluca, con sede en El Cairo, ocupante de los Santos Lugares por espacio de cinco siglos.

Tan desfavorables condiciones para el cristiano en Tierra Santa se andurecieron no poco con el advenimiento de Solimán, llamado el Magnífico por los cristianos y por sus súbditos el Legislador. Aliado con Francisco I de Francia, hombre de mal perder y mortal enemigo de nuestro Carlos I, las pugnas entre ambos monarcas dejaron al turco con las manos y sus naves libres, para el 1 de enero de 1523 apoderarse del cristianísimo bastión de la isla de Rodas: lo que conllevó la total ruptura de las comunicaciones entre Venecia y Palestina. Suceso de cuyas consecuencias para el peregrino vascongado da cumplida cuenta el P. Rivadeneira:

«Puso tan gran pavor y espanto este triste acontecimiento en los mismos peregrinos que habían ya llegado a Venecia para pasar a Jerusalén, que dejando su propósito, se tornaban a sus casas por no poner en peligro sus vidas y su libertad. Y por esto muchos aconsejaban a Ignacio que librase este negocio para otro tiempo en que hubiese más sazón. Pero él tenía tan asentado en su corazón que aunque una sola barca pasara aquel año a Jerusalén, nuestro Señor le había de llevar a ella».

Por fin, y vencidas dificultades sin cuento, el 24 de agosto de 1523, y procedente de Chipre, Iñigo arribaba al puerto de Jafa, saludando la vista del histórico lugar entonando con sus compañeros un *Te Deum* y la *Salve Regina*.

## Camino de Jerusalén.

Pese a dedicar la muy legible biografía del jesuita toledano Rivadeneria, publicada en latín y luego en excelente castellano, un capítulo entero de su libro, con el título de «Cómo visitó los santos lugares de Jerusalén», por concentrarse mucho en el cómo, omite información sobre los qué. Verdad es que no sin declarar, «visitándolos muy particularmente y regalándose en todos aquellos lugares en que hay memoria de haber estado Cristo nuestro Redentor». Llegando su laconismo a tan sólo citar dos de ellos y muy de pasada: el lugarejo de Betfagé y el monte Oliveto.

Es de celebrar que la extrema parquedad sobre el particular de las autobiografías pueda en gran medida ser compensada extrapolando los datos obrantes en dos relatos legados por dos compañeros de viaje de Iñigo, ambos de habla dialectal alemana. El del estrasburgués Hagen y el del suizo zuriqués Hirzel, publicados en 1882 y 1884 respectivamente.

Sabemos, gracias a estos textos, que los peregrinos debieron permanecer a bordo del buque que les transportó, en el puerto de Jafa una semana más. Hasta la llegada de dos padres franciscanos, obligados en cumplimiento de las normas dictadas por las autoridades turcas, a responsabilizarse de la conducta de los componentes del grupo.

Con el de Loyola trece peregrinos desembarcaron tan sólo. En contraste con los que cuatro años antes, en 1519, y en menos crispada coyuntura lo hicieron con el primer marqués de Tarifa, el constructor de la casa sevillana de Pilatos: «Íbamos más de doscientos peregrinos, sin mentir, en ringlera, todos por orden», escribió en su *Trivagia* (Roma, 1521), Juan del Enzina, formando parte de la expedición.

Al siguiente día, bien escoltados por un escuadrón de unos cien turcos y beduinos armados, partieron Iñigo y sus compañeros, «montados en asnillos», a recorrer los 67 kilómetros que en suave pendiente les separaban de Jerusalén. Con parada y fonda (franciscana) en Ramleh, la Arimatea del Evangelio, donde se les incorporó un numeroso grupo de mercaderes judíos procedentes de El Cairo. Dando por fin vista, y con emoción profunda, a la meta de su peregrinación. Haciéndose cargo de ellos, en la puerta de Jafa, y hasta su salida, los «frailes de la cuerda», como llamaban a los franciscanos. Miembros de la única orden religiosa tolerada desde 1291, por mamelucos y turcos, como

únicos representantes en Tierra Santa de la Iglesia romana, quienes condujeron a los peregrinos a su alojamiento en el hospital peregrino de San Juan in Montana, cerquísimo al Santo Sepulcro.

### El Cenáculo del Monte Sión.

Ya en su punto de destino, por de pronto y para empezar, debe tenerse presente que el Jerusalén que vio llegar al peregrino guipuzcoano no estaba aún circundado por el manífico cinturón de murallas, de un dorado salmantino y tupidamente almenadas, construido de 1538 en adelante bajo el sultanato de Solimán el Magnífico, reemplazando, y no siempre por los mismos lugares, el ruinoso recinto erigido por los cruzados.

Tradición inveterada en toda peregrinación «latina» del tiempo, comenzar la visita de la ciudad con la del convento franciscano de Monte Sión, por formar parte del protocolo el ofr misa, y tomar la primera comida, o cena, en tan venerable edificio, sito ex urbe, pero tiro de piedra de la muralla. Y orar en el Cenáculo en un piso superior, concorde con Lucas XXII-11:

«Y le diréis al amo de la casa —dijo Jesús— «El Maestro te pregunta: ¿Dónde está la sala en la que voy a comer la Pascua con mis discípulos? Y él os mostrará una gran sala en el piso de arriba, arreglada ya con almohadones. preparadla allí».

Nada infrecuente encontrarse en el convento con franciscanos españoles, por pertenecer entonces el edificio a la Corona española, heredera de la compra efectuada a los mamelucos, y por una fortísima suma, por Roberto de Anjou, rey de Nápoles y su esposa, la franciscanísima doña Sancha de Mallorca. En tiempo de Iñigo, y hasta hoy, el Cenáculo presentaba el aspecto que le dejó la restauración efectuada por los cruzados, fechada por la bóvedas de crucería ojival que forman su techo. A pesar del silencio de sus *Autobiografías*, es fácil imaginar el impacto ejercido en ánimo de Ignacio el hecho de orar y comer en el lugar en el que el Señor instituyó la Eucaristía, para después de la Resurrección aparecerse a sus apóstoles, y al que descendió el Espíritu Santo en Pentecostés: en otras palabras en la cuna natal de la Iglesia de Cristo. Grandemente debió impresionar a Iñigo el lugar. Hasta el punto de dejar huella perdurable de su paso por él en una de aquellas «composiciones del lugar» que esmaltan



las paginitas de los *Ejercicios espirituales* al prescribir al «ejercitante», en la tercera semana, la contemplación «del lugar de la cena, si grande, si pequeño, si de una manera o si de otra».

Al poco de la visita del grupo de Iñigo, en 1537, el convento y el Cenáculo dejarían de ser una isla de cristiandad en un mar islámico. Al ser expulsados los franciscanos para siempre, y de mala manera, de su preciada residencia, y encarcelados en Damasco, entregando el edificio a los musulmanes, como santuario, con base al descubrimiento en los bajos del presunto sepulcro del rey David. Todo ello en represalia de Solimán el Magnífico por la toma de Túnez y La Goleta, en manos turcas, por nuestro Carlos V.

### Santiago de los Armenios.

Antes de abandonar Monte Sión, y a modo de inciso, permítaseme intercalar una sugerencia en favor de algún futuro peregrino que me lea. Le aconsejo visitar otro monasterio, a cuatro pasos del de Monte Sión, pero dentro de los muros de Jerusalén: el de los Armenios. Visita también recomendada por la guía del P. Breidenbach (Maguncia, 1486) quien dice de ellos, «muy devotos en la fe de Christo aunque tengan algunos errores». Por su parte, el culto marqués de Tarifa, al aludir al monasterio, «donde fue degollado el de Galicia», al que acuden los cristianos el día de la festividad del Santo, dice de los monjes: «No creen que haya Purgatorio, tampoco admiten dos naturalezas en Cristo. Tienen dada la obediencia la Iglesia romana».

Si no la obediencia interrumpida en 1375 (5), en muy buenas relaciones con sus representantes, tan cualificados algunos como cierto franciscano autor de una utilísima guía de los Santos Lugares, que menciona con elogio «la bellísima Iglesia, donde dixe yo Misa»: para su gusto —y el mío—, la mejor de Jerusalén, artísticamente hablando. Dice también:

«Dentro de esta famosa Iglesia hay otra capilla muy devota, que es el lugar mismo donde fue degollado el San-

(5) Según el tomo II de la *Historia de la Iglesia Católica* (BAC, 1438), vínculo a punto de ser renovado en 1438, lamentablemente sin materializarse al encontrarse de regreso a su tierra los firmantes del decreto de unión, «gimiendo el país bajo la invasión turca».

to, y está allí la piedra sobre la qual le fue cortada la cabeza» (6).

Muy rígido por lo general el régimen de visitas del templo dedicado a nuestro santo patrón. Si mal no recuerdo, únicamente a horas de los oficios divinos matinales, celebrados con un ritual de espléndido aire pretridentino, mostrándose los monjes especialmente afables con los españoles.

#### Programa de visitas.

Retornando al convento de Monte Sión, oída la misa en el Cenáculo, visitada la próxima Iglesia de la Dormición, ya intramuros, y a través del barrio armenio, el grupo se encaminaba en silente procesión al punto culminante de la peregrinación: la Iglesia del Santo Sepulcro (7).

Una vez abonados al turco de guardia los siete ducados de rigor por persona, franqueaban la puerta de la basílica, cerrada, y aun sellada al momento desde el exterior, por el retén otomano.

Concurriendo entonces en minoría, rayana con la insignificancia, los cristianos latinos, a diferencia de la copiosa afluencia de otras sectas cristianas, realizando cada una sus ritos y devociones en los espacios y capillas asignadas por la autoridad ocupante a cada observancia.

Escena descrita como testigo presencial y ecuménica pupila por Juan de la Encina:

«Hay muchas naciones allí de Christianos,  
de Griegos, Latinos y de Jacobitas,  
y de los Armenios y mas Maronitas,  
y de la Cintura, que son Jorgianos,  
mas quanto al gozar del Santo Sepulcro  
son próximos todos en Christo y hermanos» (8).

---

(6) FRAY ANTONIO DEL CASTILLO: *El Devoto Peregrino y Viage de Tierra Santa* (1656).

(7) Esta reconstrucción itineraria, y en líneas generales, se apoya en la publicada por el R. P. VICTORIANO LARRAÑAGA en su edición crítica de la *Autobiografía* del P. CÁMARA y en el *Viaggio da Venetia al Santo Sepulcro* (Venecia, 1500), del franciscano P. NOEL.

(8) JUAN DE LA ENCINA, *Trivagia* (utilizo ed. de Joaquín González Moreno, Sevilla, 1974).

Para atender a los peregrinos de su credo, los franciscanos tenían —y tienen— una de las mejores capillas. La de la Aparición o de los Latinos, también llamada de Nuestra Señora, «adonde se dice —escribe el marqués de Tarifa— habérsele aparecido nuestro Señor después de la Resurrección». Con tres altares, plétoricos de reliquias y recuerdos de la Pasión: ninguno tan venerado como la columna de la Flagelación.

La noche se pasaba en vela, con oración, cánticos y prácticas devotas. Para a las seis de la mañana, y después de las misas, volver a abrirse la puerta, retornando en pos de un buen ganado descanso al hospital. Era costumbre, por la tarde, realizar el recorrido de la Vía dolorosa, desde el Pretorio hasta el Calvario, volviendo por tanto a penetrar en la iglesia del Santo Sepulcro, por un momento, y a más reducida tarifa que la del día anterior.

La siguiente jornada el grupo subió al monte de los Olivos, con visita a Betfagé y a Betania, con la tumba de Lázaro; saliendo otro día en excursión a Belén, comprendido el campo de los pastores. Visitando el siguiente día, con énfasis especial en el huerto de Getsemaní. Estación integrada por Iñigo en la segunda «contemplación» de sus *Ejercicios* «sea aquí a considerar —dice uno de los preámbulos— el camino desde Monte Sión al valle de Josafat, asimismo el Huerto, si ancho, si largo, si de una manera, si de otra».

Los alrededores del Huerto de los Olivos brindan ocasión oportuna para aludir a dos templos marianos construidos por los cruzados y aún existentes. El de Santa Ana, primero de Santa María, y el santuario de la tumba de la Virgen, según cierta tradición, custodio del cuerpo de Nuestra Señora hasta su Asunción. Ambos frecuentados entonces y con gran devoción por peregrinos otomanos y de otras sectas del Islam no en vano ser la Virgen de los cristianos sujeto de respetuosísima mención en las suras 4 y 17 del Corán. Devoción por parte infiel de la que como testigo presencial, dejó constancia el marqués de Tarifa al escribir: «y hubo moros que aquel día en la sepultura de nuestra Señora, pusieron candelas encendidas y decían *Certimarien* que quiere decir *Señora María*. De esta casa no tiene otra orden la llave salvo el padre guardían de Monte Sión».

Para dos días después, y por la tarde, salir cuesta abajo en dirección a Jericó y el Mar Muerto por la vía del Buen Samaritano, con parada, como hoy se hace, en el ventorro en el que recibió sus auxilios el moribundo viandante asaltado por los la-

dornes. Servicios todos, incluidos asnillos y escolta de soldados turcos de pago obligado y a tocateja.

Sabida la total carencia de Inigo del dinero preciso para costearse unas excursiones implacablemente caras, y su acusada inclinación a deambular a su aire y sólo como un cartujo, dudo las realizara. Posible la de Belén, dada la corta distancia que el separa de Jerusalén, pero poco probable se llegara a Jericó, con pernocta, y recorrido de la orilla del Mar Muerto con parada en el Jordán, en el lugar del Bautismo.

Por contra, seguro no se libró de tener que trasladarse a la hospedería de Monte Sión, y permanecer en ella recluido con su grupo hasta el 23 de septiembre. Y no por su gusto, sino por orden de la autoridad turca. Como antídoto contra los riesgos derivados de la entrada en la ciudad de una banda de unos 500 jenízaros y milicias procedentes de Damasco, y resultar para un cristiano «latino» circunstancias tales, extremadamente peligroso el tránsito por las calles de El Quds, o «la Santa» que es como los musulmanes llamaron a Jerusalén.

De lo expuesto, y en sentido amplio, se deduce el singular parecido del repertorio de visitas del peregrino del ayer, con el ofertado al de hoy. Con forzosas exclusiones en el pasado del recorrido por Galilea y Samaria, perdiéndose Nazaret y el lago Tiberiades, así como la imposibilidad en el centro de Jerusalén —y bueno fuera lo contrario— de acercarse a la explanada del monte Moria, solar del templo de Salomón. Absteniéndose de entrar en el recinto, «por no morir o renegar», desde lejos lo contempló el marqués de Tarifa, con la mezquita de Omar en su centro. Lo explicó de esta manera: «del templo no hay más que en medio de una grande plaza una capilla ochavada».

No hay duda de que cuantas sacras reliquias pudo ver el peregrino vascongado en Tierra Santa las veneró como en casa de Loyola se lo recomendó «El cartujano romanizado». De idéntico modo al recomendado por él en la tercera semana de sus *Ejercicios espirituales*. Por medio de unas técnicas de ascesis mental de somentimiento absoluto a la acción de la gracia. Prescribiendo a tal fin la Vía dolorosa a través de la visualización, con los ojos del alma, de los episodios de la pasión y muerte de Cristo. Como más tarde nos enteraría San Pedro Canisio, apóstol de alemanes y austriacos, al explicar el modo con que vio aquellos parajes su santo superior:

«Recuerdo haber oído al Maestro Fabro sobre la estancia de Ignacio en los Santos Lugares, es a saber, su grande

devoción y muchas lágrimas, su crecido y encendido fuego de amor de Dios, al contemplar como si se desarrollaran ante sus ojos aquellos misterios de la vida y pasión de Cristo, y lo que esto le movía a querer quedarse para siempre en Palestina».

### La subida al monte Olivete.

Poderosísima hubo de ser la razón por la que de cuantos lugares santos visitó el peregrino, sólo mencionen sus autobiografías la para un cojo penosa subida al Monte de los Olivos. Al sitio donde una muy arraigada tradición, y el templete construido por los cruzados, aún existente situó la ascensión de Jesús a los cielos. Y no sin cierta apoyatura en cuanto a la ubicación del episodio en los *Hechos* (I-12), cuando al referirlo dicen «sucedió en el Monte de los Olivos, que sólo dista de Jerusalén lo que puede andarse en sábado».

En la traducidísima guía de Tierra Santa del P. Breidenbach, al hablar del monte Olivete, se describe una reliquia hoy poco visitada a diferencia de entonces:

«En lo más alto del dicho monte está fundada una yglesia en cuyo lugar el señor Jesús tomó una nube y lo subió allá en los cielos en vista de sus discípulos. En esta misma yglesia cerca de la entrada está una piedra sobre la que se puso Jesús en su ascensión: y en aquella parecen aun sus pisadas santas en que la forma o señal que dejó de sus pies sagrados: empero mejor y más claro se demuestra ende la señal o forma de un pie derecho. Hay ende indulgencia plenaria» (9).

Es también uno de los lugares recorridos en su peregrinación por un prócer sevillano y sus acompañantes, en el invierno de 1519. Y tal como se refiere en la interesante relación del viaje:

«Encima de la cumbre del monte Olivete, están una iglesia con las bóvedas caídas... donde tuvo lugar la Ascensión. Y allí está señalado el pie derecho de Cristo, encima del cual hay ciertas lámparas. Dicen los moros que

(9) *Viaje de la tierra sancta* (Zazaroga, 1498).

cuando nuestro Señor desde aquí subió a los cielos, dejó su figura en Judas, y que fue él el que padeció (10).

En Jerusalén todo tenía un precio para el cristiano: «aquí pagamos tres marquetas —especifica el cronista—. Y tienen la llave los moros».

### El adiós a Jerusalén.

Lugar éste que revistió singular importancia para el peregrino vascongado. Lo revela el que tras visitarlo de modo convencional, en grupo, y conducidos por guía turco, lo eligiera para despedirse de la ciudad, debiendo abandonarla no por voluntad propia, sino por orden del custodio de la Tierra Santa. Aterrado el provincial de los franciscanos por la extremosidad del celo peregrino del guipuzcoano, y mucho más por su propósito de quedarse a malvivir allí, le conminó, bajo pena de excomunión volverse presto por donde había venido. Tras un tira y afloja, Iñigo decidió obedecer. Mas no sin antes repetir por su cuenta y riesgo la ascensión. Tal y como se refiere en su *Autobiografía*.

«Le vino grande deseo de tornar a visitar el monte Olivete antes que se partiese. En el monte Olivete está una piedra, de la cual subió nuestro Señor a los cielos, y se ven aún ahora las pisadas impresas, y esto era lo que él quería tornar a ver. Y así sin decir ninguna cosa ni tomar guía (porque los que van sin turco por guía corren grande peligro) se descabulló de los otros y se fue solo al monte Olivete. Y no lo querían dejar entrar los guardas. Les dio un cuchillo de las escribanías que llevaba. E hizo su oración con harta consolación».

Sin parar allí la cosa, al explicar el P. Rivadeneira lo sucedido nada más llegar al vecino Bethagé:

«... dio la vuelta al monte Oliveto, para más atentamente mirar a cual parte caía la señal del pie derecho, y a cual la del izquierdo, que en la piedra quedaron señalados, y porque otra vez le dejasen entrar dio a la guarda las tijeras que le habían quedado de las escribanías».

(10) *Viaje a Jerusalén* (1.ª ed., Sevilla, 1521). Utilizo la reedición *De Sevilla a Jerusalén* (Sevilla, 1974) de JOAQUÍN GONZÁLEZ MORENO.

### La mezquita de otra Ascensión.

No parece fueron espectáculos de tejas abajo elementos capaces de impresionar la sensibilidad de un peregrino que, según el P. Rivadeneira exclamó durante su conversión allí en Loyola: «¡Ay, cuán vil y baja me parece la tierra cuando miro al cielo! Estiércol y basura es». Por lo que es posible que aquella indiferencia respecto al mundo exterior le impediría en sus visitas al Monte de los Olivos reparar en la bellísima panorámica de Jerusalén que se divisa desde la cumbre, sobresaliendo, con mucho, la llamada mezquita de Omar, en el monte Moria, explanada más bien. Mandada construir sobre el sitio ocupado por el templo de Salomón por el segundo Califa, tras su pacífica conquista a los cristianos, a los cristianísimos bizantinos, de Jerusalén en el año 638, reinando Chintila en la Hispania visigoda.

De contemplar a la mezquita desde cierta perspectiva, no necesariamente visual, se revela como un ejemplo más de aquel Islam cristianizado del que tanto y tan bien nos habló el maestro Asín, influjo del que el mismísimo Corán presenta claras muestras en diversos parajes.

La edificación, de fines del VII y que Omar no conoció; de la por los musulmanes denominada mezquita de la Roca, al decir de los expertos respondió a la conveniencia política de contar en Jerusalén con una reliquia capaz de competir con la Caaba; la piedra negra de La Meca entonces en manos de los adversarios de Omar. Ajustándose los pedreros bizantinos a pautas de su estilo, erigieron el templo octogonal, que hoy se ve, comprendiendo bajo su cúpula la gran roca sobre la que se creía que el patriarca Abraham colocó a su hijo Isaac con intención de degollarlo. Como aseguran los arqueólogos, el edificio resultó ser una réplica a escala mayor de la capilla bizantina, también octogonal, de la Ascensión del Señor venerada con tanto fervor por el peregrino vascongado.

La relación existente entre este edificio y el del monte Moria, no pudo menos que incrementarse al arraigar la noción que desde la roca en cuestión, y jinete en alado corcel, subió el profeta Mahoma a los cielos. Una leyenda, como muchas islámicas, elevada pronto al rango de dogma, fundamentándolo en el versículo primero de la sura 17, del Corán, titulada *El viaje nocturno* que dependiendo de cada traducción dice aproximadamente así:

«Alabado sea Dios, que durante la noche transportó a su servidor, desde el templo de La Meca al templo de Jerusalén» (11).

El hecho de que lo de la subida a los cielos, y las huellas de los pies de Mahoma sobre la superficie de la roca vinieran después, en nada obstaculizó para que hallaran ardiente acogida entre musulmanes devotos. Hasta el punto de, hablando de ascensiones, ascender la (cúpula) de Jerusalén, y hasta nuestros días, a la categoría de ser, después de la La Meca, el más venerado lugar por la devoción peregrina islámica.

Transcurridos veintiún días de estancia en Jerusalén, sufriendo a manos turcas vejaciones y exacciones sin cuento, Iñigo emprende el regreso por el camino de Ramleh seguido a la ida, y en idénticas condiciones, para en pasaje providencialmente gratuito embarcar en el puerto de Jafa.

Superada una accidentada travesía de dos meses de duración, con escala en Chipre, desembarca en un puerto napolitano del Adriático —«y esto es, en la fuerza del invierno»— para drenchado y exhausto rendir viaje en Venecia.

Ambas autobiografías suministran sobre el regreso del peregrino infinidad de detalles sembrados de peripecias e incómodas aventuras, con una prolijidad que contrasta con la penuria informativa sobre sus andanzas por Tierra Santa. Hasta en la Cuaresma de 1524, y tras incidentes y fatigas sin fin, dar con su huesos en Génova, y embarcar, gratuitamente, como siempre, en un buque español, y desembarcar en Barcelona, «viniendo a acabar su navegación en el mismo lugar donde la había comenzado» (Rivadeneira).

### El peregrino en su patria.

La estancia de Iñigo en la Ciudad Condal forma parte integrante de su fundamental eje. Como lo señala con tino el P. García Villada: «Se convence de que era necesario realizar los estudios eclesiásticos, pues sólo así, una vez ordenado de sacerdote, podría volver a Jerusalén y ejecutar su plan».

Optó, pues, por el sacerdocio. Pero muy en su estilo, «ad augusta per angusta», como si diríamos, ingresando por la puerta grande. Objetivo abordado con su infinita tenacidad dedican-

(11) Sobre las numerosas variantes de esta leyenda, interesentísima la lectura de «La Leyenda del Viaje Nocturno y Ascensión de Mahoma co-tejada con la Divina Comedia», en *La Escatología de la Divina Comedia*, del P. MIGUEL ASÍN PALACIOS (Madrid, 1943).



do a su consecución once años de vida. Empezando por matricularse, a sus 34 años de edad, y «de balde», en el Estudio barcelonés de mosén Ardevol, para estudiar gramática, latina por supuesto, y en el texto de Nebrija, así como rudimentos de filosofía. Sin empacho para por espacio de dos años tomar asiento entre la muchachada, un avejentado cojitranco y calvo estudiante, macerada tez y porte macilento y minado por terribles penitencias, malvestido a lo pobretón, descalzo y mendicante en invierno y verano. Un desafío al «seny» local y sentido de la medida de la burguesía de la pequeña y amurallada Barcelona de aquel entonces, en tiempos en los que el estudiante firmaba su correspondencia con un «el pobre peregrino Iñigo».

Duchó en la lengua de Horacio y San Agustín, se trasladó a la prestigiosa universidad de Alcalá de Henares en su momento mejor, para iniciarse en las facultades mayores con vistas a graduarse en filosofía. No pudo ser. Lo que le fue hacedero en Barcelona le fue imposible en Alcalá. Y no ciertamente por culpa de los enseñantes de la Complutense. Más bien debido al exceso de celo catequístico del guipuzcoano, entregado a intensas actividades extracurriculares sin las debidas licencias. Lo que en un ambiente de teólogos resueltos a eximir a España de la tragedia de las guerras civiles de religión que se avecinaban le valió ser objeto de algunas pesquisas inquisitoriales, y permanecer cuarenta y dos días encarcelado hasta aclararse la cosa. Es decir: su ortodoxia. Que se aclaró.

Sin irle mejor en Salamanca, en cuya universidad se matriculó en el Colegio Mayor de Santiago, por caridad de su fundador el cardenal Fonseca, arzobispo de Toledo. Delatado como presunto «alumbrado» por los dominicos del convento de San Esteban con quienes mantuvo debates teológicos, el procurador del obispo le encerró, cargado de grillos y cadenas, por espacio de veintiún días, hasta probar la bondad de su doctrina, pero prohibiéndole meterse en honduras in poseer acreditación académica para ello.

Es de suponer que tropiezos tales le mostrarían al maduro estudiante, más adelante, la conveniencia de insertar en sus admirables «Constituciones» el exigir absoluta disciplina a los novicios, como requisito para ingresar y permanecer en la Orden.

Con tantos sobresaltos, y su falta de asistencia a las clases, escaso fruto debió extraer de las dos mejores universidades españolas de la época «el dicho Ynnigo», como le identifican los autos de sus encarcelamientos. Visto el inhóspito ambiente patrio para sus estudios, decidió proseguirlos, iniciarlos más bien,

acudiendo a la entonces más prestigiosa universidad de todas las europeas. «Y, así, se partió para París, sólo y a pie», dice su *Autobiografía*: «llevando un asnillo delante, cargado de libros», añade Rivadeneira. Y saliendo por la soleada frontera de Barcelona, y no por la guipuzcoana, «se dio a caminar por medio de Francia a pie. Y con el favor de Dios, que le guiaba, llegó a París, sano y sin pasar ningún peligro, al principio de febrero de mil y quinientos veintiocho».

### Colegial en París.

Llegado a su destino, ingresó en el Colegio Montaigu (o Monteagudo), adscrito a La Sorbona, en pleno barrio latino, institución que entre sus residentes contó a Erasmo y de la que había salido Calvino un año antes de entrar Iñigo, quien al poco pasó al Colegio de Santa Bárbara, aún existente. En la tramitación de estas diligencias es cuando por vez primera aparecen constancias documentales del uso del nombre de Ignatius (12) por creer el de Loyola, erróneamente por supuesto, ser Ignacio la equivalencia latina del castellano nombre de Iñigo, cabeza del españolísimo clan patronímico de los Iñiguez. Es obvia la confusión del nombre de San Iñigo, primer abad del monasterio benedictino de Oña (1057), con el de San Ignacio, el obispo mártir de Antioquía. Todo ello sin perjuicio de seguir firmando bastantes cartas con el nombre de Iñigo, cuando no, con mayor frecuencia, con un «el pobre peregrino, Iñigo».

Autodenominándose Ignacio entre sus discípulos comenzó el peregrino sus siete largos años de estudios superiores (1528-1535), cursando filosofía en una universidad distinguida por su elevado porcentaje de alumnado internacional, circunstancia que como a su paisano Francisco de Vitoria le hizo desde el punto de vista académico un producto genuino y neto de la Universidad de París, donde adquirió la sólida formación intelectual, pedagógica y eclesial que tan bien le vino para posteriores empresas de alto bordo.

No tuvo especial problema para financiar sus estudios resolviéndolos como otros estudiantes extranjeros escasos de recursos. Aprovechó las vacaciones de verano para en compañía de

(12) El nombre adoptivo de Ignacio, en su forma original Egnatius (el bien nacido) figuró en textos precristianos, mientras que Iñigo proviene del fonema Ennecus, de raíz hispana y prerromana según los expertos.

algunos discípulos de su nación trasladarse a la Flandes española y obtener ayuda pecunaria de comerciantes hispanos allí establecidos. Pasando con igual fin, en las vacaciones de 1530, al Londres de Enrique VIII, a punto de caer el monarca en el cisma para resolver sus complicaciones maritales. Viajes que ni qué decir tiene proporcionaron al estudiante guipuzcoano útiles experiencias para más sedentarios proyectos venideros.

Obtenido el grado de bachiller, y *licentia docendi* en 1533, recibía al siguiente año de manos del canciller de Santa Genoveva, en el templo de la santa patrona de París, el grado de maestro en Artes. Título que de desearlo le permitía regir una cátedra de filosofía en París o en cualquier parte del mundo (... exercendi in facultate artium Parisuus et ubique terram). Acto seguido el maestro Ignacio dedicó dos años más a estudiar teología con los dominicos en el colegio de Saint-Jacques, mostrando durante todo este tiempo, y bastante después, una curiosa inhibición respecto a una candente cuestión religiosa, que con razón ha intrigado no poco a varios de sus modernos biógrafos:

«Durante aquellos años —señala uno de los más cualificados— Ignacio pudo enterarse muy bien sobre las nuevas corrientes contra la Iglesia que penetraban en la misma universidad. Sin embargo, en toda su evolución, no aparece en Ignacio ningún impulso de defensa contra la nueva ideología» (13).

Extraño proceder, a buen seguro, en el luego máximo estrategia de la Contrarreforma antiluterana, existiendo a mi modo de ver las cosas una respuesta explicativa de aquella temporal retracción, imbricada en el meollo de un sobresaliente episodio en la vida del maestro fija su mente en el recuerdo de Tierra Santa.

### Los votos de Montmartre.

Recién concluida la redacción definitiva de los *Ejercicios espirituales* por antonomasia, estructurándolos a base de cuatro unidades o semanas, los años de estudio en la Sorbona no habían apagado en el ánimo del maestro Iñigo la llamada de Jerusalén. Si fue allí de peregrino, disponíase a regresar como Cruzado. Mejor pertrechado para abordar el quijotesco plan de recuperar

(13) B. LLORCA: *Historia de la Iglesia Católica* tomo III. (B.A.C., 1987).

la Tierra Santa para los cristianos, redimiéndola por la oración, el apostolado entre los infieles y la vida piadosa. Propósitos que tuvieron clarísima exteriorización, el 15 de agosto de 1534, fiesta de la Asunción, en el acto celebrado con seis jóvenes condiscípulos suyos, Francisco Javier, Láñez, el francés Fabro o Lefevre y el portugués Simón Rodrigues, entre ellos. Reunidos en la cripta de un vetusto santuario mariano sito en los altos de Montmartre (monte de los Mártires) llamado Martyrium, donde una tradición situaba el lugar en el que los paganos degollaron a San Dionosio y sus compañeros (14).

Allí se consagraron a Dios, formulando tres solemnes votos: el de pobreza y castidad. Amén de otro más, el tercero, subdividido en una opción principal y otra subordinada. Quedando comprometidos, en virtud de la primera y capital a desplazarse a Jerusalén, sin retorno, para allí vivir la vida y pasión, venido el caso, de nuestro Señor Jesucristo. Sin determinar fecha fija para la peregrinación, si bien no antes de terminar sus estudios.

Voto sometido a la eventualidad de no poder por fuerza mayor realizar la peregrinación, supuesto aclarado por el P. Rivadeneira: «en tal caso se viniesen a Roma, y postrados a los pies del Sumo Pontífice, vicario de Cristo nuestro Señor, se le ofreciesen para que Su Santidad dispusiese de ellos libremente donde quisiese para bien y salud de las almas» y seguidamente añadir el toledano puesta la mente en el porvenir: «De aquí tuvo su origen el cuarto voto de las misiones que nosotros ofrecemos al Sumo Pontífice cuando hacemos profesión en la Compañía». La parte del voto que a muchos induce a fijar en Montmartre el acto fundacional de la misma.

Concluida la ceremonia, y cada uno por su lado, los llamados en la Universidad «iníguistas» convinieron en un no muy distante futuro reunirse en Venecia; para juntos partir para Jerusalén en cumplimiento de su sacro compromiso.

### De París a Venecia, pasando por Madrid.

«Hecho esto —se lee en la *Autobiografía*— montó en su rocín comprado por sus compañeros y se fue solo hacia su tierra, encontrándose mucho mejor por el camino».

Era su último viaje a España y la ocasión postrera en que

(14) Hoy oratorio de las adoratrices el en número 9 de la calle Yvonne-le-Tac.

vería a su familia. La vio pero sin convivir con ella. Obediente a su voto de pobreza, renunció a alojarse en su casa solar residiendo en un hospicio de Azpeitia. Al fin de una estancia bastante prolongada, emprendió ruta a Pamplona, siguiendo por Almazán, Sigüenza, Madrid y Toledo, localidades en las que residían familiares de algunos de sus compañeros.

Espero no peque de inoportuno señalar, a estas alturas, el acusado perfil andariego, y en la acepción más rotunda del término, que en su biografía proyecta el imparable cojo de Loyola. Y a diferencia del caso de Santa Teresa, quizás no suficientemente subrayado. Cierta que mucho viajó la abulense, en jumento, galera o cartomato, sin jamás rebasar las lindes del Reino de Castilla comprendida Andalucía. Pero sin evidenciar la inclinación al puro caminar, mayormente penitencial, denotada por el peregrino Iñigo. Tendencia recogida en una anécdota divulgada por el biógrafo de su biógrafo mejor, al relatar cómo habiendo ordenado el P. Ignacio, en 1542, al jovencísimo Pedro de Rivadeneira, trasladarse desde Roma a la Universidad de París, a pie, con seis novicios más, «estos suplicaron al fundador permitiera hacer el viaje en cabalgadura. Pedro hará el viaje como quiera, dijo San Ignacio; pero si ha de ser hijo mío y quiere darme gusto, lo hará a pie como los otros» (15). Y como los otros lo hizo, añadido yo.

Terminadas sus diligencias, en el verano de 1535 Iñigo embarcó en Valencia, y con una terrible tempestad de por medio, desembarcó en Génova, para medio muerto por unos terribles cólicos hepáticos, detenerse en Bolonia «Y al sanar presto —informa Rivadeneira— llegó a Venecia donde aguardó a sus compañeros, como lo habían en París concertado».

Quienes llegaron a Venecia como estaba previsto, incorporándose al grupo original de los juramentados en Montmartre tres universitarios más: un soboyano, un provenzal y un picardo. Dirigiéndose todos a Roma, menos Iñigo, impedido de moverse por su mala salud, regresando con la bendición del Pontífice y una sustancial ayuda económica para sufragarse el viaje a Jerusalén.

En pésimas fechas para llevarlo a cabo, en circunstancias peores aún que las imperantes al realizar el maestro Iñigo su occidentada peregrinación.

Escindida en dos la Cristiandad, y quebrada la unidad con-

(15) VICENTE DE LA FUENTE: *Discurso preliminar a las obras escogidas del Padre Pedro de Rivadeneira* (B.A.E., Madrid, 1868).

fesional de Occidente en irreparable fractura, el norte y el centro cismático del continente, miraban con las espadas en alto y hostil recelo al católico sur. El tráfico se resintió a consecuencia del repudio de la peregrinación por la ideología protestante emprobrociéndose la corriente romera al quedar sustraídos de su cauce cuantiosos contingentes, sin que el curso del pensamiento racionalista estimulara aquella ancestral modalidad devota. Para colmo de adversidades, el dominio otomano en fase expansiva por tierra y mar había hecho virtualmente inviable para el cristiano la navegación por amplias zonas del Mediterráneo.

A la espera de tiempos propicios, y la llegada del verano, fecha de la partida de la nao peregrina a Jerusalén, Iñigo y sus compañeros se ordenaron de sacerdotes en Venecia, aplazando el de Loyola la celebración de su primera misa, tal vez deseando celebrarla en Jerusalén. De momento se retiraron a la más recatada ciudad de Vicenza, donde el P. Ignacio —dice la *Autobiografía*— «tuvo grandes visitaciones sobrenaturales, de aquellas que solía tener en estando en Manresa». Vueltos todos a Venecia, sucedió lo que en buena prosa toledana relata el Padre Rivadeneira:

«Estándose aparejando los padres y aguardando la sazón de embarcarse para Jerusalén, vinieron a perder totalmente la esperanza del pasaje. Fue de esto la causa que en el mismo tiempo la señoría de Venecia rompió guerra contra el gran turco Solimán, e hizo liga con el Sumo Pontífice y con el emperador don Carlos; y estando la mar cubierta de las poderosas armadas de ambas partes, y ocupados todos en la guerra, cesó la navegación de los peregrinos, que pedía más paz y quietud. Y es cosa de notar que ni muchos años antes ni después acá, nunca dejaron de ir cada año las naves de los peregrinos a Jerusalén, sino aquel año».

Por el aquel de que los hombres proponen y Dios dispone, y de lo que no hay mal que por bien no venga, el P. Rivadeneira atribuye a designio de la divina Providencia el incumplimiento del voto hecho en París de pasar a Tierra Santa. Vista la imposibilidad de cumplimentarlo los peregrinos decidieron satisfacer la parte sustitutoria del voto: ponerse a plena disposición del Papa para lo que Su Santidad gustase mandar.

A tal fin abandonaron Venecia dirigiéndose a Roma, a pie y divididos en grupos, esta vez en compañía de los padres Fabro

y Lafnez. Es su último gran viaje, y mediado el mes de noviembre de 1537. Atravesando los Apeninos en tan inhóspita estación y entrando en Roma por la porta del Popolo.

Llegados a Roma, y pese a la oposición del Vaticano a aprobar nuevas órdenes —«con tanta muchedumbre de religiones como había en la Iglesia de Dios»— resuelven fundar una más: una asociación de sacerdotes universitarios. Mientras Ignacio realiza los trámites precisos para tan alto logro, el peregrino —la *Autobiografía* sigue llamándole así— dirige en Roma, y con creciente éxito *Ejercicios espirituales*, «a veces, a varios a un mismo tiempo». Importante el ejercicio individual impartido, solicitud del interesado a un dignatario español de muchas campanillas. Al doctor Ortiz, un dominico que actuó contra él en Salamanca, ahora embajador extraordinario del emperador Carlos ante el Papa Paulo III. En compañía de su «ejercitante», y supongo que en coche, por vez primera, se encamina a la fastuosa abadía de monte Casino, donde permanece durante cuarenta días, obteniendo en la persona del doctor Ortiz un óptimo valedor ante el pontífice para sus proyectos. Y en la Nochebuena de aquel año de 1538, tras considerable demora y a sus 46 años de edad —seis menos que Lope de Vega— celebra su primera misa, no en el Santo Sepulcro, o en el Cenáculo de Monte Sión, como sospecho hubiera deseado, sino en la capilla del santo pesebre de la basílica romana de Santa María Maggiore.

Todo dispuesto para que dos años más tarde, y por bula de Paulo III, quedara aprobada la «Societas Iesu» (S. I.) la Compañía de Jesús. Formada por tan sólo diez sacerdotes graduados todos por la Universidad de París. El cuerpo del documento comprende el famoso cuarto voto, al quedar obligados sus miembros, de momento sin poder rebasar el número de sesenta:

«... a cumplir todo cuanto el actual Romano Pontífice y sus futuros sucesores nos mandaren para bien de las almas y propagación de la fe en cualesquiera provincias adonde nos quisieran enviar, ya nos manden a los turcos, ya a las tierras de cualesquiera otros infieles, ya a las partes que llaman Indias, ya a los países herejes, cismáticos o de fieles cristianos» (16).

En coincidencia total con los propósitos estampados por Isabel la Católica, la reina de Ignacio en su mocedad, en un codi-

(16) Bula *Regimini militantis Ecclesiae*, 27 de septiembre de 1540.

cilio de su testamento, donde declara «ser *intención principal*» al aceptar la donación pontificia de las Indias «inducir y traer a sus pueblos convertidos a nuestra santa fe católica».

\* \* \*

Tal vino a ser, en síntesis apretada y en panorámica, la peripécia vital del ya, desde entonces y para siempre, Ignacio de Loyola. Medio siglo de su existir cuya trayectoria vital se proyecta hacia nosotros tajante y desigualmente partida en dos. La primera, tres cuartas partes de su vida, giróvaga, moviente y cambiante. De espaldas a los grandes contenciosos sufridos por su Iglesia, si bien puesta la mente de modo hasta obsesivo en la redención de Jerusalén.

Un vivir enriquecido por cúmulos y de vivencias, a veces dolorosas, en años no los más cruciales. Tanto así, que de haber terminado entonces sus días no hubiera emergido su nombre del anonimato de los siervos de Dios; quedando tan anónimo como la autoría de aquellos *Exercitia* suyos que circulaban manuscritos.

Años decisivos y trascendentes, en cambio, los vividos a partir de sus 49 años de edad, los dieciséis siguientes, desde 1540 al último de su vida.

La fase sin duda estelar de él y de su Compañía. Singularmente sedentarios para su fundador, firme en su puesto de mando en Roma, a modo de general ciego ejecutor de las órdenes de su superior, el vicario de Cristo en la tierra. Dedicado en cuerpo y alma a la forja de la orden de su creación. Moderna, pragmática y de vocación ecuménica, o católica, que significa universal, desde sus mismas raíces, distinta a todas las demás. Muy selectiva en la recluta de novicios, y basada en la entrega, la disciplina y la autoridad. Y en sus aciertos y errores, fieles siempre a la consigna *Ad majorem Dei gloriam* «A la mayor gloria de Dios».